













era como una promesa de la inmortalidad y de la gloria del paganismo. Juliano iba con el corazón exaltado de amor, la mente de ideas, la memoria de recuerdos, y hasta los labios involuntariamente movidos por una plegaria religiosa, por un himno de los antiguos poetas. Creía en el camino ver el fuego en el ara, las víctimas coronadas de flores, en las copas de oro, las vírgenes vestidas de blanco en señal de pureza, semejantes á las antiguas estatuas de los divinos escultores de Grecia. ¡Hermoso sueño, engañosa ilusión! Cuando llega al templo no encuentra ni una sola melodía en los aires, ni cenizas en el ara, ni un grano de incienso en la tripode, ni una flor para el Dios que viste de flores con su fecundante calor el universo. Quédase pasmado, y cree que los preparativos para la fiesta están en el jardín, que el pueblo esperándole en el bosque, no se atreve á entrar en el templo hasta que entre Juliano, el Pontífice máximo. Entonces se encuentra al gran sacerdote del templo, y le pregunta qué ofrendas apercibe Antioquía para celebrar la fiesta de su Dios. Ninguna, dice el sacerdote, solo yo traigo una miserable ofrenda. Juliano llora, ¡lágrima encendida de amor que cae sobre el paganismo sin devolverle la vida como las lágrimas del huérfano que llora sobre el cadáver de su padre! Juliano se acordó de Dios; pero se olvidó de la libertad. Juliano cometió el error de todos los poderosos, el error de creer que bastaba la fuerza del Estado para sostener una religión cuando las religiones solo se sostienen y viven por la fé de los espíritus.

¡Cuán poco pueden los hombres, aun los mas grandes y de mayores méritos, cuando se dan á una causa que es rémora al progreso! ¡Comparad á Constantino con Juliano, y vereis cuán diferentes son sus méritos personales, y cuán diversa ha sido sin embargo su gloria! Los dos emperadores, pero los dos desiguales en méritos; Constantino gran general, pero mayor general Juliano; Constantino ha vencido á sus competidores, Juliano á los bárbaros; Constantino ha perdido el Imperio gobernándolo con sus cortesanos y sus favoritos, Juliano lo ha restaurado con el antiguo espíritu; Constantino ha cometido grandes crímenes, Juliano ni siquiera se ha manchado con una gota de sangre; Constantino ha sido infiel á la mujer que eligiera por esposa, Juliano ha respetado el hogar como un santuario; Constantino á duras penas comprende la idea que representa y no alcanza cosa de discusiones teológicas, Juliano es artista, poeta, filósofo, historiador, orador, uniéndole en alguno de sus escritos á la fluidez de Demóstenes la ironía de Luciano; y sin embargo, el nombre de Constantino pasa á la posteridad resplandeciente de gloria y el nombre de Juliano ennegrecido por terribles maldiciones; porque Constantino alienta la sociedad que nace, y Juliano sostiene la sociedad que muere, aquella sociedad, despojada de su ideal, mantenedora del materialismo religioso, de las castas, de la esclavitud, opuesto á la nueva sociedad, cuya idea cumple el gran destino de combatir el fatalismo con la libertad, la casta con la igualdad religiosa, los privilegios con la unión de todos los hombres en Dios; principios que habrán tardado diez y nueve siglos en bajar de la esfera religiosa á la esfera social; pero que hoy, en este momento, trasforman el mundo europeo, crean nuevas sociedades, y hacen mas libres, mas cristianos, mas felices á los pueblos.

Y no se crea que yo soy tan preocupado que desconozco cuanto habia de digno, de grande, en la muerte del paganismo. Confieso que no he visto ninguna idea que haya muerto con mas grandeza en la historia. En esta última edad renuncia á las persecuciones, y apela para sostenerse al filtro de la ciencia. Su empeño es dificultosísimo; pero por lo mismo grandioso. Quiere unir los dioses de nuestra raza, eterno número de las artes, al movimiento religioso del cristianismo; quiere conservarnos todo lo que habia embellecido la vida humana. Hay en este romanticismo encantos tales, que atraerán siempre todos los corazones, y los cautivarán. Esos hombres que se oponen á las ideas providenciales y luchan con ellas, nos admiramos, porque nos parecen gladiadores en lucha con Dios, titanes gloriosos escalando el firmamento para quebrantar el cetro omnipotente que dirige toda la historia. Hay en su empeño algo de esa grandeza apocalíptica que todas las religiones han puesto en el géneo del mal. Levantarse contra todo un siglo, luchar con la corriente de las ideas, oponer la negación humana al espíritu divino encerrado en todo progreso, no desfallecer en esta pelea por un cadáver, multiplicarse para sostener ideales que la humanidad abandona, es un error; pero un error grandioso, titánico, que tñe al que le abraza de una luz sangrienta parecida al último crepúsculo de un día de la vida universal, y al último destello de una estrella que se apaga. Nos inspiran estos grandes reaccionarios un respeto, un terror parecido al que nos inspira el héroe de la tragedia griega, el eterno Edipo, luchando y reluchando ciego con el destino, y sosteniendo en su cerebro con formidable fuerza todo el peso de las ruinas de un mundo.

Y entre estos reaccionarios, ninguno tan grande como Themistio, ninguno que comprendiera mejor la única manera posible de defender y amparar el paganismo en su agonía. Su amor por los vencidos dioses, le habia inspirado el ambicioso deseo de crear un ideal, que siendo superior al ideal cristiano, la eclipsara eternamente. El intento no puede ser mas grande; la idea aunque imposible, digna de la ambición de aquel espíritu que quiere oscurecer todo un cielo. Themistio era eloquentísimo. El mismo San Gregorio Nacianceno, le llama el rey de la palabra. Era su voz el último eco de la elocuencia clásica; su palabra, la última palabra de una civilización que habia henchido los aires con las espléndidas oraciones de sus tribunos. El emperador Constantino le hizo senador. En las asambleas se alzaba como esas estatuas que permanecen erguidas entre las ruinas de los templos. Su géneo penetrante conoció que no era ya hora de atizar la guerra entre los cultos, sino de predicar

la paz en la conciencia humana. Así sostenía que todas las religiones, inclusa la cristiana, honran á Dios y enaltecen á la humanidad. Las diferentes religiones erón á sus ojos maneras variadas de ser de esa idea religiosa que aparece una, idéntica siempre á sí misma en el fondo del espíritu humano, como su relacion perenne, eterna con lo infinito. Así á la faz del mundo pagano predicaba la libertad de conciencia. En su oracion pronunciada delante de Joviano, decia que las relaciones entre el espíritu y Dios deben ser libres, porque el hombre obedecerá, cuando de su religion se trate, antes que á la voz de la ley, á la voz de su conciencia; porque la coaccion que puede forzar al cuerpo, oprimirlo, encadenarlo, no llegará hasta el alma, capaz de prestar culto á su Dios entre los hierros, en el potro del tormento, en las llamas de las hogueras. Los poderosos del mundo podrán dar leyes á su antojo; pero el alma recobrará sus derechos á ser libre, porque la libertad es la ley de Dios en la vida, y delante de las leyes de Dios, pasan como leves sombras las leyes de los hombres. Así aquel gran hombre se alzaba sobre su siglo, y sentia en su espíritu el aliento creador de una nueva edad. En la defensa del paganismo no se encerraba en verdad dentro de los estrechos limites en que se encierran esos reaccionarios vulgares que creen posible acabar las ideas con el hierro y el fuego, cuando las ideas son incompresibles, y funden el hierro que las hiere, y vuelan sobre las hogueras, libres é inmortales. Un día Themistio se encontró en Roma. Los templos resplandecían, el senado estaba reunido, los dioses se alzaban sobre el ara, el concierto de las sinfonías paganas resonaban aun en los aires, y el gran orador saludaba con afañ la ciudad de Rómulo, el ara de Numa, la tierra de los héroes, el refugio de los dioses; triste saludo que señalaba el día postrero de una idea, porque al poco tiempo el senado debía vender la estatua de la victoria, los sacerdotes arrojar la corona de verbera por la roca Tarpeya, el Capitolio abrirse á Jesucristo, y caer el mundo antiguo entre las ruedas ensangrentadas del carro de guerra de los bárbaros.

Muchos nobles, muchos patricios paganos, aunque no creían en el paganismo, lo sustentaban como la base única del imperio. Lo que comprendían intuitivamente era que la igualdad religiosa engendraba la igualdad social, y que la igualdad social aniquilaba la Roma pagana fundada en el privilegio. De aquí provino el neopaganismo politico del siglo IV, hijo del espíritu de patricios poco creyentes en los dioses, pero muy dados á hacerlos cómplices de sus tiranías y de sus privilegios. El gran representante de este neo-paganismo politico es Simmaco. Comprendiendo el espíritu democrático del cristianismo, Simmaco, en cuya conciencia hay algun resplandor del alma de Catón, en cuyos labios algun eco de la palabra de Marco Tulio, quiere sostener la Annona para que todas las naciones sean tributarias de Roma; los ócios del pueblo á cuyos circo arroja sármatas feroces que lo embriagan con el hedor de su sangre; los colegios de los sacerdotes; los misterios de los arúspices; los conventos de las vestales; y cuando Graciano demuele el altar de la Victoria, y Teodosio prohíbe los antiguos cultos, como si el géneo del patrio dídolo le inspirase la gran elocuencia, tiene el valor de defender las ideas que se van, los dioses que salvaron á Roma de Annibal y al Capitolio de los galos, y viendo que nada consigue, que se arruina todo cuanto hubo respetado y querido sobre la faz de la tierra, el imperio, el senado, el derecho patrio, se abraza á sus antiguas creencias para morir con ellas entre las ruinas de Roma. Y en medio de todos estos esfuerzos, la nueva idea triunfa. De nada sirvió á la reaccion el genio de sus hijos. Los hombres que se oponen á la carrera triunfal de la humanidad, caen aplastados, el mundo los olvida, ó cuando por su grandeza vencen el olvido, pasan entre maldiciones á la posteridad, y representan las negras sombras en el animado cuadro de la historia.

EMILIO CASTELAR.

BIBLIOGRAFIA ESPAÑOLA.

Por muy fundadas que parezcan las censuras dirigidas hoy por críticos de diferentes clases y animados por diferentes motivos, contra el giro enciclopédico que se ha dado á la enseñanza científica en muchas universidades de Europa, es innegable que las necesidades morales é intelectuales de las sociedades modernas exigen mayor variedad de conocimientos, que aquellas épocas, separadas de la nuestra por algo menos de un siglo, en que los estudios universitarios no se consideraban sino como preparación oficial é indispensable para la entrada del estudiantado en una carrera lucrativa. Entonces el jurista no asistia sino á las clases de derecho; el destinado al sacerdocio, no pisaba sino las de teología, y unos y otros se iniciaban en las regiones del saber, por medio de un curso de filosofía, que, hasta principios de este siglo, no salió de las tinieblas del escolasticismo. Los defensores de este plan de estudios, (y todavia los hay entre nosotros) no carecen de argumentos en que apoyan su preferencia. Dicen, con algunos visos de razon, que, concentrada la inteligencia en una série única de ideas y de doctrinas, adquiere mas intensidad y vigor, que cuando se disemina en ideas y doctrinas heterogéneas; que una vez enriquecida la memoria y aguzada la razon con el cultivo de una ciencia, se crea la aptitud de aprender otras, á manera del cauce abierto para dar paso á las aguas de una fuente, y por el cual pueden manar otras corrientes que viertan en él las vicisitudes atmosféricas ó el trabajo del hombre. Se cita en sosten de esta opinion el ejemplo de los grandes reformadores del saber humano; de Abelardo, Ramus, Vives y Bacon, los cuales, del seno mismo de la errónea filosofía en que se habian educado, sacaron las armas que les sirvieron para combatir y pulverizarla. Las revoluciones de todo género que han modificado las sociedades humanas du-

rante los dos siglos últimos, imposibilitan la aplicacion de esta doctrina á los tiempos en que vivimos. Con la caida del doble despotismo derrocado en aquellas épocas fecundas en grandes desengaños y en portentosas transformaciones; con la latitud abierta al ejercicio de la razon emancipada de las trabas que la comprimian; con el estudio de la naturaleza, erigido en base de todos los conocimientos sólidos y útiles, debió coincidir y coincidió en efecto su ramificacion íntima hasta el punto de establecer entre ellos una forzosa é incesante reciprocidad. Ya no hay ciencias aisladas y exclusivas; todas se comunican entre sí sus teorías y sus adelantos; todas contribuyen al enriquecimiento y perfeccion de cada una de ellas.

Es cierto que seria tan imposible como peligroso, que la iniciación en el santuario del saber abrazase tan vasta y diversificada perspectiva, y, bajo este punto de vista, seria de desear que se disminuyese en el plan de estudios vigente el excesivo número de asignaturas que sobrecargan la memoria y confunden la razon del estudiante. Muchos de los estudios obligatorios pertenecientes á la facultad de Bellas Letras y Filosofía, podrian suprimirse sin inconveniente, dejando su cultivo para la edad en que el hombre ya formado adoptase el que mas conviniere á su inclinación, ó á su posición en la sociedad, ó á la profesion que hubiese abrazado. Pero en esa larga lista de trabajos literarios que han de preceder al que exigen las ciencias consideradas como de mas alta categoría, hay uno absolutamente indispensable, no solo para el cultivo de todas ellas, sino para el uso que el hombre haga de sus facultades mentales, por poco que quiera salir del estrecho circulo de las necesidades físicas, y de las ocupaciones triviales de una vida infecunda y rutinera. Tal es el estudio de la historia. Escritores mas diestros y profundos que el que estas líneas traza han analizado las causas morales del vivo interés que excita en el hombre el conocimiento de los sucesos que han precedido á los que el mundo presenta á su vista en la actualidad; pero el asunto toma un giro mas elevado, si se considera el carácter que han impreso en la historia el espíritu de exámen, predominante en nuestros días, y la independencia y libertad con que nos es dado juzgar á los hombres y las instituciones que han modificado la suerte de la humanidad. De este conjunto de circunstancias ha resultado que todas las ciencias clasificadas bajo el título de políticas y morales, han venido á refundirse en la historia, como en un crisol que las fija y purifica; que á todas ellas presta sus luces, y suministra poderosos apoyos á las verdades que contiene, y saludables preservativos contra los errores que las inficionan, y, por fin, que la ética humana no seria mas que una coleccion de preceptos áridos, de sutiles ratiocinios y de sistemas aventurados, si no sacase de los anales del mundo la confirmacion de las doctrinas eternas en cuya práctica estriava la perfecta observancia de las obligaciones que contraemos al nacer con el Hacedor del Universo, con nuestros semejantes y con nosotros mismos. «Cuán necesaria, dice un escritor célebre, debe considerarse la ciencia cuyo efecto es disipar las falsas preocupaciones que nos seducen, porque nos agradan; curarnos de los errores populares que hemos adquirido en la niñez; enseñarnos á discernir lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, la grandeza sólida de la hinchada vanidad; impedir que el contagio del mal ejemplo y de las costumbres viciosas inficione el ánimo de los jóvenes y ahogue en ellos las semillas del bien y de la virtud con que los ha dotado la Providencia! En esta ciencia, dice Séneca, que cifraba Sócrates toda la sabiduria humana, porque consiste en juzgar á los hombres y los sucesos, no por la opinion comun, sino por la verdad; no por lo que parecen en lo exterior, sino por lo que son en realidad.» (1)

Bien se echa de ver que la enseñanza clásica de una ciencia tan vasta, tan complicada y tan difícil, es una de las mas árduas y delicadas tareas que puede emprender el hombre dedicado á la noble carrera del profesorado. Hay que evitar en ella dos grandes escollos de opuesto carácter: la superabundancia de la erudición, que se complace en la averiguación minuciosa de los hechos y de sus circunstancias, y la suma brevedad y laconismo en la narracion de los que marcan épocas memorables, y en la pintura de los personajes que descuellan por sus prendas eminentes, por sus crímenes ó por el influjo que han ejercido en la suerte de sus semejantes. Hay que clasificar en orden lógico y simétrico una inmensa cantidad de materiales esparcidos en las ilimitadas regiones del tiempo y del espacio. Hay que distinguir entre ellos los que solo sirven para satisfacer una estéril curiosidad, de los que encierran saludables documentos y deben contribuir eficazmente á formar el entendimiento y el corazón de la juventud, y sobre todo, hay que deducir de la narración, infructuosa y árida por sí sola, aquellos principios generales, aquellas profundas teorías que son las cualidades esenciales, las condiciones imprescindibles de toda masa de conocimientos que merezca el nombre de ciencia. No creemos ceder á una ciega parcialidad, al declarar como opinion nuestra, confirmada por la de todos los literatos y aficionados á la literatura en Madrid, que el actual desempeño del curso de historia general en la universidad central, reúne todas las condiciones que hemos apuntado, como necesarias para el éxito cumplido de tan importante empresa. No hacen falta nuestros elogios al Sr. D. Fernando Castro, cuya aula se vé diariamente concurrir por una numerosa audiencia compuesta de los jóvenes que estudian aquella asignatura, y de otros muchos sujetos independientes, atraídos por el placer de oír las sabias y elocuentes explicaciones del distinguido profesor.

No se han limitado á ellas su amor á la ciencia, cuyo estudio ocupa toda su atención y toda la laboriosidad propia de su carácter, ni el deseo de que se utilicen por

(1) Rollin. *De la manière d'enseigner et d'étudier les Belles Lettres.* Libro V.

la generalidad los conocimientos con que ha enriquecido su mente, durante largos años de incesante aplicación y de infatigable y variada lectura. A fin de que no se pierdan sus frutos, ha tenido la feliz idea de perpetuarlos en el *Compendio Razonado de Historia General*, cuyo primer tomo acaba de ver la luz pública, y á cuyo examen quisiéramos dedicar mayor espacio del que nos permite la índole de un periódico. La obra del Sr. Castro tiene tanta mayor importancia, cuanto que pertenece á dos géneros que han sido separadamente cultivados en estos últimos tiempos por hombres eminentes, aunque animados por diversas miras: es historia y filosofía de la historia; narra y comenta sin perjuicio de la narración; expone los hechos y concreta las inferencias generales, que de ellos se deducen; pinta á los hombres y los juzga y califica; describe las instituciones, y las analiza y compara con los efectos que han producido, y con las evoluciones y peripecias á que han dado lugar. El texto de la obra es puramente narrativo; á la parte discursiva, que mas bien llamaríamos filosófica, pertenecen la introducción, y las observaciones añadidas á las lecciones en que se trata de las épocas mas importantes y de los sucesos mas graves referidos en el texto.

La introducción por sí sola, aunque comprendida en breves páginas, es obra de considerable mérito y que descubre las miras elevadas de una profunda metafísica, tal como es posible aplicarlas á lo positivo y á lo real. Como todos los graves pensadores que han buscado en la historia algo mas que una relación de fundaciones de imperios, de batallas, de intrigas, de rasgos heroicos y de crímenes horribles; como Bossuet, Schlegel, Bonald y Helder, el autor ha querido formar un todo homogéneo y compuesto de tantas y tan diversas partes; interpretar los diferentes giros que ha tomado la humanidad en su larga y accidentada peregrinación y buscar el principio dominante en esa interminable serie de transiciones por las cuales han pasado nuestros semejantes, desde que tomaron posesión de la residencia que su Divino Autor les habia designado. Este principio es la unidad histórica, la cual «vale lo mismo que el principio de autoridad en política, el principio de vida en los seres que sienten, y el principio de razón en los que piensan.» La unidad histórica aparece en la cualidad de realizarse los mismos fenómenos en un período de tiempo determinado, no en cantidad, ni calidad, ni variedad, sino en naturaleza y género, de donde se deduce que hay en los hechos un elemento permanente, universal, uno, y que, al estudiar la historia universal, comparando la de unos hombres y pueblos con la de otros, el historiador no debe pararse en lo accidental y transitorio, sino que debe continuar el estudio del hecho hasta encontrar lo permanente, lo general, lo absoluto. El fin que debe proponerse es investigar ese hecho general en que está la explicación de los hechos particulares, no para que lo particular se desatienda y olvide, sino para que, conservando su acción individual y libre, se vea que todas esas fuerzas aisladas en apariencia, no tienen valor absoluto, sino en tanto que se eslabonan entre sí para llegar al cumplimiento de fines generales y comunes.

Esta doctrina seduce por su novedad y sencillez, y satisface la gran necesidad intelectual que todos los hombres sienten de simplificar los resultados de las sensaciones, y las labores del raciocinio, en un núcleo compacto formado de las nociones principales esparcidas en las adquisiciones individuales, emanadas de aquel doble origen. El autor descubre la prueba y el fundamento de la unidad de la historia en tres signos de un criterio infalible, que son: el tiempo, el espacio y la historia misma realizada, y la cooperación simultánea de estos tres principios se revela en todos los siglos y en todas las regiones del globo, formando de este modo la igualdad de causas y efectos que constituyen esa uniformidad de fenómenos que facilita al historiador filosófico la consideración de innumerables hechos, como objeto único de la observación y del raciocinio. Después de leer en el compendio las pruebas con que el autor fortalece esta doctrina, se presenta á la imaginación la estrecha analogía que la liga con los trabajos inmortales de Newton, de Linneo, de Laplace, de Bentham y de otros ilustres investigadores de la naturaleza, cuyo principal empeño ha sido *unificar* (si se nos permite este neologismo) lo que parece separado y distinto, imitando en cierto modo la obra de la creación, que de tantas y tan variadas esencias, de tantas y tan complicadas fuerzas activas forma el magnífico todo que llamamos Universo.

En las *Observaciones* á que hemos aludido, y que, en nuestro sentir constituyen la parte mas interesante y notable de la obra, reluce la aptitud á la generalización, sin la cual no puede haber ciencia en el verdadero sentido de la palabra. La primera se refiere á las épocas mas antiguas y comprende los grandes imperios asiáticos. El autor determina los caracteres especiales que distinguen aquellas naciones entre todas las que han vivido en los siglos posteriores, y, después de haber señalado el término á que llegaron en la carrera de la civilización, termina con la reflexión siguiente que nos parece tan profunda como ingeniosa: «estos pueblos, en su edad primitiva, lo mismo que el niño en la infancia, por no haber nacido claramente en ellos la conciencia moral, por no estar alumbrados con la luz de la revelación, apenas sienten los remordimientos de las grandes iniquidades que cometen, y por tanto reflexivamente no progresan, porque no se mejoran ni se corrigen. Pero, por el solo hecho de vivir, por la sola razón de que los que viven en sociedad realizan la vida unidamente, y las fuerzas unidas se multiplican, hay un progreso, si no buscado y reflexivo, instintivo al menos. Desde el fetichismo del salvaje, al panteísmo politeísta de la India y del Egipto, y desde este al monoteísmo del pueblo hebreo; desde el estado salvaje al social; desde este á la vida social, repulsiva por el aislamiento, y al de la vida social, expansiva, aunque sea por la conquista, formando grandes imperios; desde el arte tosco de la India, al mas desarrollado del

Egipto y al mas adelantado de Ninive, y del pastoreo á la agricultura, y de esta á la industria, navegación y comercio de Fenicia, hay un verdadero progreso.»

La observación relativa á la historia de Grecia resuelve un problema que ha servido de tema á los comentarios de filósofos é historiadores. ¿Cómo se combinan la alta civilización á que llegó el pueblo heleno, y la sabiduría de sus instituciones, objeto de admiración y de estudio por parte de los hombres pensadores, con la religión que profesaba, conjunto absurdo de fábulas tan ridículas como inmorales, y tan repugnantes al buen sentido de la humanidad como á las leyes eternas de la virtud y á las del respeto que el hombre se debe á sí mismo y á sus semejantes? La solución dada por el autor á este curioso enigma satisface cumplidamente la razón, y está en perfecto acuerdo con todo lo que sabemos de aquel pueblo, tan distinto de los que lo habían precedido, por el impulso que dió á la razón humana en todos los ramos á que puede aplicarse su ejercicio. El autor prueba, con argumentos cuya lectura recomendamos á los que se interesan en esta clase de discusiones que la Mitología Griega con toda su caterva de dioses y diosas, con sus vicios y obscenidades, constituye un progreso con respecto á las teogonías de Oriente, exceptuando la de Moisés, que enseñó, antes que ningun pueblo la unidad de Dios, y la del hombre semejante á Dios, verdad ignorada por el resto del mundo hasta la venida de Jesucristo. No son menos dignas de atención las doctrinas del autor en lo concerniente á la poesía y á la filosofía de los griegos. Con relación á la última, hallamos en esta parte de la obra un pasaje que no nos abstenemos de copiar por creerlo fruto de hondas meditaciones y de una erudición tan vasta como escogida. «Si Homero, al cantar la guerra de Troya, pintó, no solo el tipo del héroe griego, sino el del hombre en correspondencia con los destinos de la raza indo-europea y de la humanidad, Platon, simple mortal, al remontarse como águila en las regiones del cielo, y penetrar en las profundidades de la íntima esencia y vida de Dios, además de ser el fiel intérprete del genio helénico, lo ha sido del filosófico y poético de la razón humana en todos los siglos y pueblos.»

Roma, con la infinita variedad de vicisitudes que llenan sus anales, con su prodigioso engrandecimiento, con las espléndidas virtudes y detestables abominaciones de los hombres que rigieron sus destinos, con la solidez de sus instituciones y con el influjo que todavía ejerce en la vida social, moral y política del mundo moderno, suministra al autor del Compendio, abundante copia de materiales para ejercer en ellos su talento investigador y analítico. Doce son las observaciones que dedica á la historia romana, y en todas ellas descubre el mismo empeño y la misma destreza en la clasificación y en la ilustración de las verdades generales que de los hechos resultan. El paralelo entre Roma y Cartago, asunto de la primera, la revolución de los Gracos, con sus vastas consecuencias y con la transformación que produjo en el mecanismo de los poderes, y en las relaciones de las clases en que la nación estaba dividida; las guerras civiles, iniciadas en aquella crisis, y continuadas en los consulados de Mario y Sila, hasta dar lugar á la conjuración de Catilina; César y su primer triunvirato, y todo el espacio que llena aquella agitada vida, hasta su perpétua dictadura y su muerte; Augusto y el cambio de la república en imperio; los cuatro reinados siguientes, juzgados sin el apasionado encono que se percibe en la mayor parte de sus historiadores; la venida del Salvador, y los primeros tiempos de la iglesia; la época de los Antoninos, juzgada con aplicación á la literatura, al derecho y á la filosofía; el período anárquico del imperio hasta su nueva organización bajo el reinado de Diocleciano, y por último, Constantino, cuyo nombre se asocia con sucesos tan fecundos en consecuencias políticas y religiosas, con el triunfo del Cristianismo, con la división del imperio, con la invasión de los godos, con la decadencia del espíritu genuinamente romano, reemplazado por un nuevo giro dado al pensamiento, á las costumbres y á las relaciones sociales y políticas de las naciones europeas, tales son los asuntos tratados por el autor en los comentarios á que ha dado el modesto nombre de *Observaciones*. La última de que no hemos hecho mención en la enumeración que precede, es una larga disertación que tiene por objeto el examen de las causas que influyeron en el engrandecimiento, en la prosperidad, en las revoluciones, en la decadencia y en la ruina de aquel poder colosal, que habia sido sucesivamente el bienhechor, el azote, el asombro y el escándalo del mundo.

Grande sería nuestro embarazo si hubiéramos de señalar, como superior á las otras, alguna de estas intercalaciones, que constituyen la parte didáctica del Compendio. En ella rivalizan el conocimiento de los hechos, con la penetración de su importancia; el descubrimiento de sus causas con el de su influjo en los hechos posteriores; la imparcialidad de las calificaciones y juicios con el espíritu de sólida moral y elevada filosofía que los anima. En la imposibilidad de trasladar á nuestras columnas los pasajes de las *Observaciones* que mas han llamado nuestra atención, nos limitamos á recomendar á los lectores, como verdaderos modelos de la filosofía de la historia las relativas á la historia de Grecia, al reinado y siglo de Augusto, á la época de los Antoninos, y sobre todo, las que terminan el volumen, y que en nuestro sentir, publicadas á parte, formarían una obra de considerable mérito, tanto mas digna de aprecio, cuanto mas escasas son en nuestra literatura las producciones pertenecientes á este género.

Al llegar al reinado de Augusto, el autor lo considera como continuador de la fecunda idea de la asociación humana, que Roma venia realizando desde su fundación. En esta grande empresa, brilla la peculiaridad de su talento analítico, sistemático, organizador. «En este sentido, dice el autor, Augusto es el hombre práctico por excelencia; el que vé, no solo el conjunto administrativo, sino cada uno de sus pormenores, y coordina y casa y

ajusta las cosas, de manera que quiere hacerlas marchar con la regularidad de una máquina.» Con el nombre de Augusto se asocian las glorias de las letras, y todavía en nuestros tiempos, las palabras *el siglo de Augusto*, representan los grandes modelos de composición literaria que ha legado á la admiración de las generaciones posteriores aquella época inmortal. El autor reseña las obras mas notables que produjo el genio romano, bajo el influjo de la protección que les daba el jefe del imperio, y termina esta parte de su trabajo, con la siguiente reflexión: «¿Qué diferencia y variedad de disposiciones naturales en los pueblos! En Grecia no solo fueron las letras un fruto natural é indígena, sino hasta su filosofía, que, trasplantada á Roma á fines de las guerras púnicas, con el académico Carneades, y con el estóico Diógenes, embajadores de Atenas á Roma, fué considerada como envenenadora de las costumbres públicas, haciendo Caton el Censor, que fuesen desterrados todos los filósofos y sabios. Pero cuanto mas se civilizaba Roma, mas se sentía la necesidad de la instrucción, y los Scipiones fueron los que mas se distinguieron en la propagación de las letras y de la filosofía griegas, y, una vez aclimataada esa filosofía, los mas austeros republicanos adoptaron las máximas de la secta estóica, y los mas relajados, la doctrina de Epicuro. Ningun filósofo produjo Roma. Ciceron no fundó un sistema de filosofía: escribió solo su historia, digna de ser consultada por el historiador de la edad antigua, y en la que está la gravedad romana embellecida por las galas de la imaginación helénica.»

Notaremos de paso en la índole de la obra que estamos analizando, una constante propensión á los sentimientos benévolos, y en la interpretación de los hechos, y en el juicio de los caracteres y peculiaridades de los personajes históricos, una constante predisposición á realizar sus mas amables y honoríficos ingredientes. Como el protagonista de uno de los mejores dramas del gran trágico inglés, el autor vé la idea del bien en todo, *good in every thing*. Así es que, al razonar sobre los deplorables reinados de los cuatro sucesores inmediatos de Augusto, se abstiene de condenar la humanidad entera en masa, como han hecho otros escritores pesimistas, solo por la vida criminal y relajada de unos cuantos malvados, aunque se llamen emperadores romanos. El autor justifica su optimismo con raciocinios morales y datos positivos que lo absolverán de toda parcialidad y de toda exageración en el criterio de los lectores sensatos. Convinieron en el desorden y corrupción con que habian inficionado las costumbres públicas las revoluciones anteriores á aquella época, todavía encuentra puntos luminosos en tan tenebrosa perspectiva, y no poco digno de loor y aprecio, en medio de tanta iniquidad y protervia. «El desorden, dice, y el mal en aquella sociedad, estaban circunscritos á Roma; las provincias eran ajenas á esa vida criminal y licenciosa, y hasta puede decirse que la desconocian, porque las relaciones de las provincias con Roma no eran tan fáciles y tan íntimas como las que nosotros conocemos hoy... el gobierno de las provincias caminaba hasta cierto punto separado del de Roma. La agitación de Roma y sus causas eran puramente locales, sin carácter ninguno general ni político las mas veces. De suerte que interin las provincias eran atendidas y gozaban de cierto reposo, los habitantes de Roma vivían en aquella agitación consiguiente á esa vida de intrigas y maldades de las cortes de los tiranos y reyes absolutos.»

Ese optimismo, que ya nos ha revelado el espíritu que domina en el Compendio, halló un vasto campo á sus filantrópicas expansiones en la era de los Antoninos. ¿Qué adelantos hicieron bajo aquellos buenos é ilustrados príncipes españoles de nacimiento ó de origen, la literatura, la legislación, la administración de justicia, la filosofía y la instrucción general? Todo se mejora, todo florece bajo el suave yugo de unos monarcas que sabían pensar y sentir; que habian nutrido sus entendimientos en la meditación y el estudio, y entonces, por primera vez desde la fundación de la ciudad, fijándose el poder en la suerte de los pobres, se fundaron escuelas para los huérfanos, se proclamó ilegítima la esclavitud, se suavizó la condición de los esclavos, y se modificaron las atrocidades de los juegos del circo.

Entraba en nuestro plan un examen detenido de la última de las observaciones, que, como ya hemos dicho, resume todo lo que puede deducirse de la historia del pueblo romano, al que investiga las causas de su engrandecimiento, de su decadencia y de su ruina. Pero hemos dado tanta extensión á este artículo, que debemos limitarnos á recomendar aquella, como la parte mas sobresaliente de la obra; la que mas á las claras descubre en el autor las dotes que requiere un trabajo de tanta magnitud. Para hacer justicia á este luminoso comentario seria preciso copiarlo en su integridad, y vemos con sentimiento que todavía nos falta hablar del cuerpo de la obra, es decir, de su parte narrativa, en la cual se presentaban dos escollos que no han sabido evitar muchos de los mas acreditados historiadores, á saber: la minuciosidad en la elección de los sucesos, y la supresión de los necesarios para la completa formación del cuadro que se traza. No basta la vida mas larga concedida al hombre para la averiguación de los anales en que se consigna la vida anterior de la humanidad, y sin embargo, no puede llamarse verdaderamente instruido, y ni aun quizás civilizado, el hombre encerrado en la limitada esfera de lo presente, y para quien lo pasado no es mas que un tenebroso vacío, semejante al que se figuraban los antiguos mas allá de la barrera del horizonte visible. En la obra del Sr. Castro no falta uno solo de los grandes acaecimientos, uno solo de los personajes históricos que han preparado el presente estado social del mundo. Su narración es clara, fluida, puesta al alcance de todas las inteligencias. En las que tienen por objeto acaecimientos, en que se complican los incidentes y se multiplican los actores, sabe con delicado tacto escoger los incidentes y los actores que predominan en el hecho











**A BLANCA ROSA.**

¡Oh, quien pintar supiera  
la dulce primavera  
de tus floridos años,  
tu gracia y tu candor!  
Amargos desengaños  
roban al alma mia  
luz para la poesía,  
hechizos y color.

¡Qué gloria, qué hermosura  
que de tu alma pura  
no guarde el santuario  
podré mostrarte yo?  
Con afán temerario  
su ya cansado vuelo  
á tu espléndido cielo  
mi fantasía alzó.

Mas si hasta allí volara,  
á la deidad preclara,  
¿qué ofrenda peregrina  
podría presentar?  
Cual antorcha mezquina  
en la radiante esfera  
del sol, cual perla fuera  
en el indico mar.

Porque al mirarte ahora  
de la vida en la aurora,  
esperando un risueño  
dorado porvenir,  
no hay celestial ensueño,  
ni poesías divinas  
con las que tu imaginas  
que logren competir.

En tus dormidos ojos,  
sobre tus labios rojos,  
de tu semblante bello  
en la noble expresion,  
aparece el destello  
de la poesía arcana  
en que vive y se ufana  
tu virgen corazón.

Si la pradera verde  
que su frescor no pierde,  
y el ancho soto umbrío,  
que suele guarecer  
en el ardiente estio  
al sediento viajero,  
del oculto venero  
indicio pueden ser.

Tu serena mirada,  
tu frente despejada,  
tu sonrisa y el puro  
carmin de tu rubor,  
dan indicio seguro  
del bien que hay en tu seno,  
de pesar libre, lleno  
de inocencia y de amor.

Con tan rico tesoro  
mas preciado que el oro,  
con ese de poesía  
limpio manantial,  
¿cómo competiría  
mi espíritu agostado?  
¿Cómo el invierno helado  
con la pompa vernal?

No nace en el desierto  
de mi corazón yerto  
una flor solitaria  
que poner á tus pies.  
Trocáronse en plegaria  
mis alegres canciones;  
fuente de inspiraciones  
mi dolor solo es.

¿Por qué mis versos quieres  
si tú poesía eres,  
Blanca Rosa temprana,  
espíritu gentil?  
La luz de la mañana  
en tu mirada brilla,  
adorna tu megilla  
la gala del abril.

La flor que te embelesa,  
el aire que te besa,  
la luz que te circunda,  
la noche, el cielo, el mar;  
la luna moribunda,  
las pálidas estrellas,  
con mil poesías bellas  
te quieren regalar.

Préstales grato oído,  
y el profundo sentido  
del inefable canto  
vendrás á comprender,  
y en tan sublime encanto  
tu mente embebecida,  
gozará nueva vida  
y mágico placer.

Y á la vaga armonía  
que amorosa te envía  
en la estación amena  
la rica creación,  
de fé y deleite llena  
responderá tu alma,  
convertida su calma  
en dulce agitación.

Así, cuando la aurora  
de rosicler colora  
el oriental zafiro,  
los bosques y la mar,  
en lánguido suspiro  
perfumes dan las flores,  
las aves sus amores  
se ponen á cantar.

JUAN VALERA.

**A MERCEDES,**

EL DIA QUE SE PUSO DE LARGO.

«¡Vedla!—dijeron las Hadas:—  
su corazón ya palpita...  
languidecen sus miradas,  
y sombras enamoradas  
cruzan su frente bendita.

Efluvios de primavera  
circulan ya por su alma,  
y en su mejilla hechicera  
súbito rubor altera  
la dulce, inocente calma.

Melancólica ilusión  
persigue con raudos giros  
su inquieta imaginación,  
y curioso el corazón  
se entrea-bre á los suspiros.

Como el rosal en Abril,  
por sus venas otra vida  
siente que cunde sutil...  
y en la rama estremecida  
brota la rosa gentil.

¡Colmada está de hermosura...!  
Promesas de amor las flores  
son y nuncios de ventura...  
¡luzca para esta hada pura  
la estación de los amores!»

Así las Hadas dijeron...  
las Hadas que tan hermosa  
en la cuna te mecieron,  
y á tu adolescencia dieron  
sueños de color de rosa.

Y luego añadieron:—«Pues  
que Hada cual nosotras es,  
vistámosle nuestras galas,  
alargándole las alas  
hasta teparle los piés.»

Y te vistieron de largo,  
muy de largo... que es el tono;  
y estás muy bien... Sin embargo,  
se nos va á hacer muy amargo  
no ver tu pié ¡que es tan mono!

¡Dolorosas mutaciones!—  
Tú, que en los tiempos aquellos  
de pueriles diversiones,  
estabas de pantalones,  
¡hoy vas á estar contra ellos!

¡Paciencia! ¡Cómo ha de ser!  
Te has convertido en mujer,  
como yo me vuelvo viejo...  
y pues lo soy, un consejo  
oye, que te ha de valer.

Los fantasmas de colores  
de la rica juventud,  
son espectros vengadores  
cuando sus galanas flores  
no dan frutos de virtud.

Locura es y vanidad  
cuanto se toca y se mira...  
lo invisible es realidad...  
el cuerpo es fugaz mentira,  
y el alma... eterna verdad!

No busques dichas ansiosa:  
nadie la dicha nos dá:  
la dicha es flor misteriosa  
que en el corazón reposa  
del que buscándola va.

La bondad y la inocencia  
que hoy brillan en tu existencia  
son toda la dicha humana:  
¡luzcan siempre en tu conciencia,  
cual lucen en tu mañan!

Mírate en el claro espejo  
de tus inclitos mayores...  
y aquí termina el consejo,  
que tengo gana, aunque viejo,  
de volver á echarle flores.

Granada, 4 de Octubre de 1863.  
P. A. DE ALARCON.

**¡ARTE!**

¡Arte! palabra divina  
que Dios con amor murmura;  
plácida luz que fulgura  
sobre una santa colina;  
pura fuente cristalina;  
águila de eterno vuelo;  
ánjel que canta en el suelo  
melancólicos amores,  
brindando al talento flores  
de los jardines del cielo.

Por él, titán sobrehumano  
Miguel Anjel se agiganta,  
y hasta los cielos levanta  
la cruz del templo cristiano:  
por él, arranca Ticiano  
al cielo su luz hirviente;  
y por él, Osian potente  
dando formas á la idea,  
como Dios, al gritar... sea,  
lanza un mundo de su frente.

Por él, el gran Salomon,  
cantor de divina esencia,  
sube al templo de la ciencia  
escalón por escalón;  
por él, con mística unción  
canta David sus creaciones;

y por ceñir sus blasones  
le dan á su gloria fieles,  
Cano y Van-Dik sus pinceles,  
Dante y Guido sus canciones.

Por él el génio sediento  
que eternos templos se labra,  
da seres á la palabra  
y á las rocas pensamiento;  
ante su potente aliento  
la tierra cede sin tino;  
pues el mar, el torbellino,  
la luz, el monte, la aurora,  
son una creación sonora  
que hizo un artista divino.

Por él la mente se agita;  
por él vive la esperanza;  
por él la dicha se alcanza;  
por él la conciencia grita:  
su luz es siempre bendita,  
y su poder tan profundo,  
que un rey... Felipe segundo,  
porque el mundo no le viera,  
arrojó el arte de Herrera  
entre su tumba y el mundo.

A los ecos de su nombre  
que aromas de gloria lleva,  
el hombre hasta Dios se eleva  
y Dios descende hasta el hombre;  
á nadie su altura asombra  
teniendo fuerzas y aliento;  
pues á ese alcázar que el viento  
arrulla sobre alto muro,  
se llega con pié seguro  
por la escala del talento.

Génio que buscas la cumbre  
del arte libre y potente,  
ansiando ceñir tu frente  
con un rayo de su lumbré;  
sigue... y si en la muchedumbre  
protesta algun ser artero  
contra el arte que venero,  
dile con desden profundo,  
que es la primer obra, el mundo:  
Dios, el artista primero.

BERNARDO LOPEZ GARCIA.

**EL MOLINO DE FLORES.**  
(RECUERDOS DE MEJICO.)

¡Oh gozo! Aquí en la cumbre  
de esta Peña gigante,  
podrá el alma un instante  
dichosa reposar.  
Señora aun de esos prados  
de eterna flor cubiertos,  
asoma entre sus huertos  
Texcoco la imperial.

Texcoco que á mil tierras  
su ley impuso un día,  
cuyo dosel cubría  
vastísima extension.  
Emporio de grandezas  
y venturosa cuna  
del grande sin fortuna  
rey Nezahualcoyotl.

¿A dónde tus palacios  
y Teocalis triunfantes?  
¡Oh! pueblos de gigantes,  
tus ruinas ¿dónde están?  
¡Ni ruinas! de tus glorias  
el nombre quedó apenas!  
¿qué se hizo de la Atenas  
del mundo occidental?

¿Qué queda? Aun arrogante  
allá del Tezcucingo  
la cúspide distinguió  
que un tiempo fué el harém  
donde guardaba amante  
paraíso de placeres,  
sus mas bellas mujeres  
el acollúa rey.

Tambien allá diviso  
del sol á los reflejos,  
de esa llanura lejos  
la reina de Anahuac:  
de dos pueblos rivales  
espejo y cuna bella,  
entre Texcoco y ella  
tendido el lago está.

¿La veis? de la laguna  
allá en la opuesta orilla,  
aun esplendente brilla  
ciudad de oro y marfil.  
Aun se retrata, aun besa  
con amante porfia  
el lago donde un día  
lloró Guatimotzin.

¿Cuánta belleza, cuánta!  
¿cuán esplendentes glorias!  
¿cuántas tiernas memorias  
de venturoso amor!  
Valle de los placeres,  
mientras tu historia canto  
adios, mira mi llanto  
y oye mi bendición.

Adios, mientras refiero  
los hechos sobrehumanos  
de aquellos mejicanos  
que aun gloria al mundo dan.  
Adios, mientras relato  
las ciencias y campañas,  
y artes, glorias y hazañas  
del héroe de Anahuac.

Se cuenta que un gigante  
celoso de su amada,

dejóla sepultada  
de noche en un peñón;  
y al asomar la aurora  
abriéndose la Peña,  
resucitó risueña  
y Eden fué su prision.

Y aquel risco encantado  
de su belleza templo,  
es este que contemplo  
fantástico jardín;  
y es concha que se oculta  
del Noto á los rigores,  
y en vez de perlas, flores  
guarda celosa aquí.

Asilo misterioso  
donde desengañadas  
sus amores las Hadas  
venían á llorar:  
cuna do se mecían  
en hamacas de rosas  
las síldes hermosas  
del valle de Anahuac.

Sus ecos arrullando  
los céfiros lijeros,  
aquí de los luceros  
á la argentina luz,  
el Dios de los amores  
cantaba mil historias,  
sus penas y sus glorias  
al pié de un abedul.

Hondo, cual mis dolores,  
cual mi destino oscuro,  
como mis penas duro,  
triste como mi amor,  
eres, peñon, la imagen  
de la mujer que un día  
fué la esperanza mia,  
fué mi única ilusión.

De ese monte en la falda  
vives oculto, hundido;  
asi humilde, escondido  
mi ángel de amor hallé;  
te ví, Peña, y en éxtasis  
quedé triste, arrobado:  
la ví, y enamorado  
por ella suspiré.

Me adormió el melancólico  
ruido de tu cascada:  
tambien enamorada  
me adormeció su voz;  
cual en perfumes ricas  
tus flores me embriagaron;  
sus lábios me extasiaron  
con su esencia de amor.

Y así como gozoso  
crucé por tus distintos  
mágicos laberintos  
de amores bella red:  
tal un encanto nuevo  
en ella cada día  
el alma descubría  
brindándola un placer.

Si entre tus galas ciego  
me hundió el raudal, lo mismo  
no ví ¡flocel el abismo  
que mi esperanza hundió;  
que en odio un desengaño  
trocando aquel cariño,  
mi corazón de niño  
¡ay! sin piedad rompió.

De Cristo ante esa imagen  
aun rezo enamorado:  
junto á ella arrodillado  
oré y amé feliz;  
sobre su seno el alma  
lloró por vez primera,  
quizá por vez postrera  
el alma llora aquí.

Torrente que partiendo  
ese peñon florido,  
por la vega perdido  
buscando el lago vas:  
si en Tezcucingo nacés  
tal vez sabrás su historia,  
tal vez su antigua gloria  
aun murmurando estás.

Del monte por la oculta  
marmórea galería,  
tu manantial corria  
hasta el baño del rey;  
y yo en su Peña enorme  
há poco reposando,  
su historia recordando  
con pena suspiré.

Desengañados tristes,  
y vírgenes honestas,  
venid á estas florestas  
si en silencio llorais.  
Venid, esposos tiernos,  
filósofos, pintores,  
músicos, trovadores,  
que aquí el paraíso está.

Románticos vergeles,  
adios, bella cañada,  
mansion donde encantada  
se duerme el alma, adios!  
Y guarda el llanto triste  
con que el dolor mitigo;  
solo, sin un amigo  
por tierra estraña voy.

Improvisado en el Molino de Flores, 14 de  
Agosto de 1853.

EDUARDO ASQUERINO.





